

La Nueva Granada en 1818

Escribe: ROBERTO M. TISNES J. CMF.

Nos hallamos en 1968, a 150 años de una época trascendental en la historia granadina y bolivariana. Porque durante 1818 de manera progresiva va a tener lugar la inmediata preparación de la campaña libertadora de 1819.

Dos sucesos, uno ocurrido en Venezuela y otro en la Nueva Granada, pregonan la nada favorable situación de las armas patriotas en aquella época.

El Congresillo de Cariaco y la sublevación de Piar en Venezuela, evidenciaron palpablemente la difícil situación en que se hallaba el futuro libertador para atender a los propios problemas internos, descontados los que ofrecían los ejércitos españoles. Afortunadamente Bolívar actuó rápidamente y el conciliábulo de Cariaco poco o nada significó, y la sublevación de Piar quedó truncada con su apresamiento, juicio y condena a muerte, ejecutada el 16 de octubre de 1817.

El suceso relativo a la Nueva Granada es inmediatamente posterior a los anteriores. El 17 de diciembre de dicho año, y desde Angostura, el coronel fray Ignacio Mariño, el comandante Antonio Arredondo —español de Ceuta pero jefe patriota— y Agustín R. Rodríguez, pedían y casi exigían al Libertador la independencia política y militar respecto del ejército de Apure, auxilios para conservar y defender la libertad allí establecida, y la continuación de los jefes Nonato Pérez y Juan Nepomuceno Moreno en los campos militar y civil. Parece que Bolívar atendió más adelante la petición de aquellos ilustres y beneméritos jefes.

En síntesis: graves problemas internos y externos en Nueva Granada y Venezuela, conspiraban contra la necesaria e indispensable unidad de criterio y acción en orden a combatir eficientemente a las tropas españolas y aspirar así a la definitiva libertad e independencia.

En Venezuela, Bolívar se une a Páez en las llanuras del Apure para continuar luchando en pro de la libertad, eso sí, con muy variada fortuna. También Santander actuaba en Venezuela desde la reorganización por parte del general Páez del ejército de Apure (unos 700 hombres) al mando de los dos citados jefes y del francés Serviez que es a poco asesinado. Estos 700 hombres van a sostener la libertad en las llanuras venezolanas frente

a las numerosas y organizadas tropas españolas. La guerra de guerrillas iniciada en España con motivo de la invasión napoleónica para hacer frente a los franceses, fue imitada con grande éxito en la Nueva Granada desde comienzos de 1816 hasta 1819. Santander continuará luchando en Venezuela durante los años 1817 y 1818, primero a órdenes de Páez y luego (desde febrero de 1817) bajo el mando del propio Bolívar en Guayana y en la campaña contra Caracas en 1818. El 24 de septiembre de 1817 es ascendido a subjefe del Estado Mayor de la División Urdaneta, donde se hacía "absolutamente indispensable su presencia" y meses más tarde a general de brigada en atención a sus "servicios y méritos", y encargado por el Libertador de organizar en Casanare las tropas que deberían formar parte de la expedición libertadora de 1819. Bien merecía este ascenso por su brillante actuación en Venezuela, como ayudante general del Estado Mayor de Bolívar, Jefe de Estado Mayor de la División Piar y Jefe de la Línea del Bajo Caroní. "En este puesto, escribe uno de sus biógrafos, sirvió hasta el mes de noviembre, en que con el mismo grado vino al Estado Mayor General otra vez para las campañas de los llanos de Casanare. Soublette, el Jefe de Estado Mayor en propiedad, estuvo enfermo desde el día 20 de febrero hasta el 15 de marzo de 1818 y ausente desde el 29 de marzo hasta junio, cuando el ejército regresó a la provincia de Angostura. Durante este tiempo Santander desempeñó el cargo de Jefe de Estado Mayor con el beneplácito del Comandante en Jefe y de todos los demás oficiales. Además había estado presente en el fuerte Brion cuando fue evacuado por los españoles, el 3 de agosto de 1817, y tomado parte en las batallas de Calabozo (febrero 12), Sombrero (febrero 16), La Puerta (marzo 16), Ortiz (marzo 26) y el Rincón de los Toros (abril 17 de 1818). "En el día de la batalla, en las marchas y en la oficina, su conducta ha sido de lo más recomendable, y ha desplegado todo el valor, celo e integridad que se requiere de un oficial que ocupa un puesto tan distinguido, y que justamente le han granjeado la consideración y el aprecio de los jefes del ejército" (1).

Ni conviene olvidar que de Santander se valió la Providencia para salvar la vida a Bolívar en la noche del 16 de abril de 1818, cuando peligró seriamente la existencia del Libertador en el Rincón de los Toros.

LA NUEVA GRANADA EN 1818

Si la situación en Venezuela era apurada y desconcertante para los patriotas a los comienzos de 1818, no era ciertamente más favorable en la Nueva Granada.

El año anterior terminaba con la ejecución de Policarpa Salavarrieta y muchos otros patriotas. Y en 1818 se iniciaba prácticamente con el nombramiento como Virrey de don Juan Sámano, continuador de la política de sangre iniciada por Morillo.

Claro que esta malísima y sanguinaria política empezaba a dar sus resultados. Porque a la inicial sorpresa y desconcierto, confusión y terror que ella produjo por tanta y tan notable sangre derramada a todo lo largo del virreinato neogranadino, sucedió la reflexión, la indignación y final-

mente la decisión de enfrentarse con dignidad y arrojo a una situación que apenas merecía otro enfrentamiento. Y si durante el principal lapso del régimen del terror (junio de 1816 a diciembre de 1817) se sucedieron conspiraciones y levantamientos de guerrillas en casi todas las provincias granadinas (Valle del Cauca, Neiva, Chocontá, Tunja, Socorro, Ocaña, Pamplona, Cúcuta etc.), durante el año de 1818 van a menudear aún más y a dar testimonio de su presencia y actividad para constituirse a lo largo de los meses hasta julio de 1819 en el mejor apoyo a la campaña libertadora.

Y no puede olvidarse que dichas guerrillas estuvieron decididamente favorecidas por los curas patriotas de las provincias centrales del virreinato, con lo que aseguraron su supervivencia y posteriores éxitos.

Sobra añadir que inicialmente, no iban las guerrillas a dar al traste con el poderío político y militar de España. Pero sí indicaban claramente que, pasado el sopor y terror iniciales causados por la sangrienta pacificación instaurada en la Nueva Granada, los individuos y los pueblos resurgían para poner fin a aquellos padecimientos e iniciar victoriosamente el logro de la libertad política.

Posteriores benéficos hechos favorables a la causa de la libertad, subrayaron y confirmaron el éxito guerrillero. Porque Tolrá, enviado por Sámano a invadir y dominar en Casanare, fracasa en su expedición; y Báyer, uno de los principales jefes realistas cae prisionero y es fusilado. Y una nueva intentona de Sámano de invadir a Casanare por medio del coronel José M^a Barreiro, fracasa igualmente a pesar de sus iniciales éxitos en Labranzagrande, Pore y Salina de Chita. Las tropas creadas por los jefes llaneros granadinos y por el general Santander posteriormente, lo obligan a replegarse a la cordillera con sus tropas cansadas, desmoralizadas y diezmadas. Acertadamente resume el historiador de la campaña libertadora de 1819, canónigo Cayo Leonidas Peñuela, los efectos contraproducentes del Régimen del Terror: “En tres años de política pacificadora, el ánimo popular había cambiado completamente. Los partidarios del gobierno real eran ahora contadísimos y mal mirados dondequiera; las tropas eran el azote general, pues nadie dejaba de sufrir con su presencia y sustentación; se hacían continuamente comparaciones entre los gobiernos patriotas y el militar establecido por Sámano; no había familia, por modesta que fuera, que no abrigara, con rencoroso resentimiento, el recuerdo de algún deudo ahorcado, fusilado, en destierro o condenado a trabajos públicos; de los hombres que quedaban ocultos en los montes o poblados, si todos no tomaban el camino de Casanare a unirse con las columnas republicanas, era por el temor de verse sorprendidos en el tránsito y sacrificados inútilmente. Pero todos los habitantes, ricos y pobres, hombres y mujeres, viejos y niños, suspiraban por la llegada del gran Bolívar, a quien miraban como una especie de ser sobrehumano, vencedor de imposibles y destinado por el cielo para ser como un segundo redentor” (2).

Antes que el historiador boyacense —150 años atrás— dos personajes españoles de la más alta significación, habían expresado las mismas verdades. Porque el Virrey Montalvo escribía en su *Relación de mando*: “A esto se agregan las ejecuciones de más de 7.000 individuos de las principales familias del Virreinato, que han sido pasados por las armas por sen-

tencia del consejo permanente a las órdenes del general Morillo, unos delincuentes y otros no tanto, los cuales quizás, hubiera convenido más al servicio del rey deportarlos para siempre de su país, a donde no pudieran perjudicar, después de haber hecho algunos ejemplares en cabezas principales de la revolución. El concurso de las causas referidas infaliblemente ha de producir el descontento y desesperación en los pueblos, y de las consecuencias de este descontento es de las que no me toca responder. Lo haré sí en cualquier caso de mis acciones, pero nunca de las resultas del estado de encono en que dejan el Virreinato" (3).

Y don Agustín Lopetedi, fiscal de la Real Audiencia, escribía al Rey el 25 de septiembre, a raíz del triunfo de Boyacá: "Los pueblos que deseaban con ansia el restablecimiento del legítimo gobierno, fueron desde el principio disgustados con los espectáculos numerosos y frecuentes de sangre que se dieron en casi todos los pueblos del Virreinato; con ver salir a otros aherrojados para los presidios y obras públicas; con los alojamientos eternos, en que los oficiales debían recibir cuanto necesitaban de los dueños de las casas, y se erigían en señores de ellas; con la contribución permanente de raciones, de empréstitos forzosos y otras extraordinarias; con el aumento de alcabalas desde el 2 hasta el 5 por 100 sobre todas las producciones; con la enorme subida del precio de la sal y del aguardiente de caña o estancado; con un trato duro y siempre desconfiado, y en fin, con todos los excesos de una conquista de país extraño, que no debieron cometerse en el que vino a pacificarse.

Este cúmulo de males sobre pueblos extraviados por las circunstancias del tiempo, debió naturalmente disgustarlos y exponerlos a las consecuencias de la inconsideración. Estas gentes, en general, son las más mansas de la tierra, y aman la tranquilidad hasta un punto que ha podido justamente confundirse con la inacción y la apatía; pero al verse siempre vejados, oprimidos con el peso enorme de las contribuciones, insultados hasta por los soldados, mirados con desconfianza, amenazados y testigos de casi diarios suplicios, han debido irritarse, considerando que en vez de la paz se procuraba su destrucción, y que se les trataba no como a hermanos sino como a enemigos" (4).

Tal fue el panorama general de la Nueva Granada en los años 1816-1819. Las provincias de Cartagena, Cúcuta, Pamplona, Socorro, Tunja, Neiva y Popayán sufrieron esa avalancha de males. Se libraron solamente de ellos la de Pasto —fiel realista desde los comienzos—, Santa Marta en donde dominaron casi desde los principios los realistas y Antioquia, donde gracias a la política verdaderamente pacificadora del coronel don Vicente Sánchez de Lima no hubo *régimen del terror*, como no había existido tampoco la llamada *patria boba*.

SANTANDER EN CASANARE

Pero recordemos la obra realizada por el general Francisco de Paula Santander en Casanare. Acertado estuvo Bolívar en destinar a Santander a la provincia de Casanare para organizar allí la resistencia al invasor español, juntamente con la preparación de las tropas para el definitivo asalto contra el poder militar y político de España en la Nueva Granada.

Las guerrillas patriotas de Chire habían salvado la libertad de esta provincia. Con esta firme base, el granadino va a iniciar la reorganización del ejército de Casanare, única provincia donde no tuvo ocaso la libertad, a lo largo de los años 1810 a 1819.

Desde agosto de 1818 Bolívar planea la campaña del año siguiente. Una división de vanguardia organizada por Santander, debería constituir la base de la invasión al virreinato neogranadino. Páez distraería a las fuerzas españolas de Venezuela para que no pudieran acudir en auxilio de las tropas españolas de la Nueva Granada. El ejército de Apure apoyaría la división granadina que debía invadir el Virreinato en la peor estación del año y por un sitio aparente y evidentemente absurdo para una campaña militar: las montañas andinas.

Y como en Bolívar eran una misma cosa la idea y la acción, ya el 15 de agosto de 1818 envía desde Angostura, donde había organizado el primer gobierno civil de la futura república (19 de febrero de 1819), la siguiente proclama a los pueblos granadinos: “¡Granadinos! El día de la América ha llegado y ningún poder humano podrá retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados librásteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio; y esta misma vanguardia poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo el territorio altares levantados a la libertad” (5).

Bolívar llamó a Santander “el organizador de la victoria”. Y lo fue en realidad. Y no puede pensarse que el Libertador pronunciara dicha frase por guasa y sorna, ya que las circunstancias en que la escribió no eran ciertamente propicias para tal desplante. Además, nadie podía desmentir al caraqueño, porque su afirmación era la plena verdad, fácilmente demostrable.

Si al llegar el granadino a Casanare en noviembre de 1818 la situación de la provincia no era ciertamente halagadora a causa de las divisiones entre los jefes llaneros, encabezados por Páez y Nonato Pérez, al poco tiempo de su permanencia en ella todo había cambiado. Y tan fue así que pudo organizar los batallones de infantería y caballería que presentó a Bolívar meses adelante. Entre ellos, el Escuadrón Guías de Casanare, del que hablaremos más adelante.

Por el diario de operaciones del Cuerpo de Ejército confiado a Santander (Guayana 22 de agosto de 1818-Santafé 12 de agosto de 1819) y por su epistolario, nos podemos dar cuenta de lo que hallaba Santander en Casanare y de lo que gracias a su ingenio y patriotismo logró crear en favor de la libertad de la república.

Nombrado, como queda dicho, comandante en jefe de la vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada, el 27 de agosto sale de Angostura con cuatro buques que llevaban mil fusiles, 30 quintales de pólvora y otros efectos militares. Lo acompañaban solamente tres oficiales.

El 2 de octubre llega a Caicara donde es acometido por las fiebres intermitentes.

El 25 arriba al pueblo de Meta, perteneciente a la provincia de Barinas, donde recibe un oficio de Páez en el que le prevenía no pasase adelante en su comisión. Recuérdesse que Casanare estaba —hasta el nombramiento de Santander por Bolívar como jefe de dicho territorio— sujeta al León de Apure. Santander contesta el oficio y el 4 recibe contestación de Páez en la que le dice no tenía noticia del nombramiento que traía, e invita al nuevo jefe a seguir adelante. El 29 de noviembre arriba Santander a Casanare. Páez había hecho cuanto estaba en su mano para alejar a Santander de la provincia granadina. Cuando se convenció de que ello no era posible le escribió: "Achaguas, octubre 30 de 1818. Compañero y estimado amigo:

Por mi oficio verá usted las causas que ha habido para su detención en este punto. Yo soy muy cumplido con todos; quiero lo sean conmigo, especialmente cuando se trata de concertar el orden militar. ¿Cómo no habría de extrañar yo que usted fuera destinado a Casanare sin decirme tus ni mus? En fin, está esto venido con la orden, que no ha tres días recibí del jefe supremo: él lo manda y no hay más que cumplirlo.

Buen viaje, pues, y doy las gracias porque me quitan de encima el peso de Casanare. Esta gente está endemoniada. Hierve en convulsiones y apenas Guerrero ha podido calmarla. No se su intención: acaso será porque es venezolano el que lo manda. Esta maldita rivalidad, o más bien, esta distinción de nombres me irrita, y Dios quiera no nos traiga una guerra civil, si desde ahora no nos esforzamos en destruirla. En fin, usted se va a Casanare, pero quién sabe cómo saldrá usted. Una provincia miserable, sin recursos, sin hombres y sin nada, solo puede servir para desacreditar a un hombre; y una provincia enviciada en revolución no se cómo pueda desempeñar a un jefe. Tenga usted esto presente para lo que pueda sucederle, y esté entendido que un tal Arredondo es el corifeo de todas las turbulencias. Español al fin, ¿cómo no había de cooperar a nuestro exterminio?

En fin, mi amigo, deseo que la fortuna le proteja, pues considero indispensable todo su poder para que usted pueda lucir con esa gente. Entre tanto los apureños están siempre a su disposición, así como su jefe, que es de usted afectísimo compañero, q. b. s. m., *José Antonio Páez*" (6). El 9 de noviembre desde Buenavista anunciaba Santander a Bolívar el recibo de esta carta que hubiera resultado desmoralizadora para otro que no tuviera la malicia, prudencia, constancia y decisión de Santander de llevar a cabo en Casanare una obra perdurable. Claras aparecen las exageraciones de Páez. Bien se vio que era su modo de proceder y la rivalidad entre venezolanos y granadinos lo que había conducido a Casanare a tal situación, en todo caso no desesperada ni imposible como la pintaba Páez, quien asimismo exageraba la indocilidad de Arredondo a quien supo ganar y someter el granadino y hacer de él un eficiente colaborador en la magna empresa de la libertad.

A lo largo del viaje Santander comunicará a Bolívar y a Páez los incidentes del mismo y los propósitos que le animaban. Al primero mani-

festará su sujeción y al segundo su amistad y sincero deseo de ver a Venezuela y a Nueva Granada libres de los españoles, gracias a la mutua colaboración, al mutuo entendimiento, basados en la sinceridad y patriotismo de los jefes.

Por esto escribía a Páez desde Caribena el 20 de octubre: "Recomiendo a usted que siempre que tenga que decirme algo importante, me mande un posta más apto, que sirva al caso. Este es el mejor medio en vez de usar de papeles. No me deje usted, mi amigo, sin el pequeño ejército de infantería de Casanare. Usted sabe y lo ha visto que es muy difícil que los hombres dejen un país para ir a otro y mucho menos cuando en aquel pueden hacer más útiles servicios que en este. Los hombres son todos lo mismo y en iguales circunstancias repiten los mismos hechos. Acuérdesse de que los que trajimos no querían ir ni a Guasualito, y dígame usted con franqueza, hubiese usted ido a Popayán... allá en Popayán lo hubieran ahorcado los godos, y usted aquí los está ahorcando" (7).

Y a Bolívar con idéntica fecha: "El pequeño ejército de infantería de Casanare que me ha de servir de cuadro para formar una vanguardia, espero encontrarlo, tanto porque el interés del general Páez por la Nueva Granada le obligará a no hacer uso de él, como porque no creo que él necesite de 200 hombres para desempeñar la comisión que V. E. le ha encargado en las provincias occidentales. Sobre esto casi tengo la seguridad de que con las órdenes de V. E. y los sentimientos de aquel jefe, ese ejército estará a mi disposición, aun cuando por algún accidente hubiese venido íntegro a Arauca. Yo he dirigido al general Páez mis comunicaciones sobre este asunto. Pero si desgraciadamente me engañare en mis esperanzas, yo no desistiré de hacer todo sacrificio por mi país, y cualquiera que sea el resultado, el mundo juzgará de él e imputará la gloria o el deshonor al que lo mereciere".

Y el día 23: "En tales circunstancias (de rivalidades en Casanare) creo importante mi presencia en Casanare, seguro de que todo irá a calmar a pesar de cuantas intrigas se quieran fraguar. Al efecto, marchó muy ligero y antes de 15 días estaré allá.

V. E. conocerá nuevamente de todo esto, el disgusto y descontento de Casanare con el gobierno que han tenido, y debe inferir que cuatro hombres ignorantes y sin recursos no han temido la cólera del jefe del Apure; ¿qué sucederá cuando puedan libertarse otros pueblos menos simples y sencillos? Me lisonjeo que V. E. con mi destino va a evitar un transtorno inconciliable y quizá una guerra civil que perjudique gravemente los intereses de Nueva Granada y Venezuela. V. E. me hizo el honor y la confianza de encargarme la dirección de esta expedición, y debo declarar a V. E. que a ninguno sino a V. E. solo cedo la fortuna de poder lograr con ella sucesos favorables. Con esta confianza y con la de que V. E. no me ha de privar de la gloria de aparecer en la Nueva Granada a la cabeza de una de las divisiones del ejército libertador, trabajaré con gusto, desafiando todos los peligros, y sin otra ambición que la gloria y libertad de mi país, el honor de Venezuela y de V. E. mismo" (8).

¡Qué contraste y diferencia entre las comunicaciones de Páez y las de Santander!

De aquí que acertara plenamente el granadino al confirmar en su cargo de jefe político de la provincia al coronel Juan Nepomuceno Moreno como se lo comunicaba en oficio del 19 de noviembre. Diez días más tarde le pedía noticias sobre las fuerzas y recursos patriotas, lo mismo que sobre las de los enemigos (9).

El mismo 29 escribía al comandante Arredondo: "El excelentísimo señor jefe supremo general Bolívar me ha destinado a mandar las tropas reunidas en la provincia y darles dirección según las instrucciones que me ha comunicado. En esta virtud, ordeno a usted que formado ese batallón, me de a reconocer inmediatamente y en seguida haga comunicar la adjunta orden del día. Encarezco a usted infinito el aumento del batallón, su instrucción y disciplina, y sobre todo la más escrupulosa vigilancia sobre los movimientos del enemigo. Envíeme un estado de fuerza, armamento (municiones y otro nominal de los oficiales" (10).

Sobre la base de sus operaciones escribía el 2 de diciembre al Libertador: "Tengo el honor de informar a V. E. que el departamento del Meta será la base de mis operaciones y el punto de retirada en cualquier caso urgente, es decir, al otro lado del río. Muéveme a esto, lo primero, porque es el único territorio donde han quedado ganados de toda especie, que aun cuando ahora están del lado izquierdo, se ha dado orden al gobernador de hacer pasar suficiente número a las sabanas de Santa Rosalía. Lo segundo, porque es el territorio que une a la Provincia de Guayana, de donde, así como de los llanos de Apure, podemos recibir auxilios, manteniendo siempre la comunicación por el río. Lo tercero, porque desde aquel punto está descubierto todo el país, que pueden ocupar los enemigos, y por consiguiente sujeto a incursiones frecuentes, que no serán las solas que ellas tendrán de qué precaverse, quedando también descubiertos por la parte de Arauca y Guasualito y llanos de San Martín; y lo cuarto, porque es opinión general de toda la provincia no retirarse a Apure en ningún caso.

El Meta vendrá a ser, con resto a las tropas y emigración, lo que el Orinoco con respecto a Guayana: el río será defendido con las pocas curiaras que en él se encuentran, y si V. E. me auxiliase con tres o cuatro pequeñas flecheras bien armadas, quedaría en perfecto estado de defensa, y el enemigo quedaría expuesto a continuas sorpresas y ataques en detal. Esto, y lo mortífero del clima, disminuiría considerablemente la fuerza que trajese al llano, y se prepararía su destrucción, la libertad de Casanare y la facilidad de intentar alguna operación sobre la Nueva Granada. Repito a V. E. que no adoptaré este partido sino cuando una fuerza muy respetable invada a Casanare con designio de llevar sus operaciones hasta Venezuela, o que la desgracia anexa en esta época a las armas de la república, me haga sufrir un revés. Es muy conveniente traer una o dos piezas de artillería de calibre de 2 o 3 para atacar tanto puerto fortificado que tienen los enemigos: sírvase V. E. dar orden a Guayana de mandármelas en el primer buque que venga a esta provincia o que las ponga en Caribes, a donde haré traerlas, trayendo ellas su correspondiente dotación de balas y sacos de metralla, y un soldado de la arma. Igualmente suplico a V. E. no olvide la demanda de las flecheras para el caso dicho" (11).

Y el 8 del mismo mes desde Guanapalo: "Tengo el honor de informar a V. S. que el 27 del pasado llegué a este puerto, habiendo quedado más acá del pueblo del Meta dos buques a cargo del coronel Lara, que aún no ha llegado. Las dificultades y trabajos que siguieron a mi navegación, la retardaron bien contra mis deseos, y V. S. los verá en el diario que acompaño.

El 28 en la noche me vi con el coronel Juan Nepomuceno Moreno que tenía el mando general de la provincia, y me informó de su estado y posición. Los acontecimientos que han tenido lugar desde agosto entre las tropas y los jefes enviados por el señor general Páez, han dividido no solo los ánimos, sino que han hecho dispersar los cuerpos. El comandante Arredondo se colocó en la serranía, y negando obediencia a toda autoridad, se creyó jefe separado y comenzó a obrar con 200 infantes armados y provistos de 6.000 cartuchos. No se si insistirá en una locura semejante después de habersele intimado la orden de reconocerme, pues el oficial comisionado no ha regresado. Aun cuando así suceda, no hay que temer que esto entorpezca mis providencias, ni que dure mucho su disidencia.

Sin una carta de la provincia en la mano, V. no puede formar una idea de la posición de nuestras tropas y de las del enemigo; y yo sin un oficial de inteligencia no puedo presentarla a V. y allanar esta dificultad. Sin embargo, creo que el adjunto borrón podrá en algo suplir aquella falta. De los informes que me ha dado oficialmente el gobernador Moreno, resulta que en el territorio libre de Casanare y Llanos de San Martín, se encuentran 800 hombres de caballería mal armados, y 130 infantes armados que hoy se encuentran en La Laguna, como lugar de sanidad. La mayor parte de la caballería dispersa en partidas de guerrilla, y otra licenciada, no quedan sino los cantones de Quebradaseca, Curimina y Cordero, de donde se proveen las escuchas y vigías que observan la montaña desde San Pedro al camino de Chire. Los recursos para ocurrir a la subsistencia de las tropas no son más que carnes, de cuyo artículo no han podido del todo agotar la provincia con todos los gastos, destrozo y ventas que han hecho. Los caballos no pasan de 1.000 para montar los escuadrones en caso de defensa, y no queda remonta alguna. Se podrían sacar muchos potros de las haciendas de Arauca, pero la distancia y el trabajo reducen a nulidad la caballería que tenemos" (12).

El enemigo, del que recela una invasión, contaba según él con 1.000 hombres de infantería y 300 de caballería. También le habla de una próxima invasión realista con 2.000 y quizás 3.000 hombres. Afortunadamente pronto se produjo la sumisión de Arredondo, según se desprende de las comunicaciones de este, a las que respondía Santander el 14 de diciembre: "He recibido la correspondencia que usted me dirigió con el capitán Gómez, y me complace el que todos los oficiales y tropa se manifiesten con la mejor disposición para formar un ejército, así como por su obediencia a la legítima autoridad.

Inmediatamente que lleguen a este puerto los elementos de guerra, cuidaré de proveer a lo que usted me dice que hace falta. Reitero la orden que he comunicado a usted con fecha cuatro: por ningún caso se debe tener un rompimiento desigual con el enemigo.

Al capitán Lobo Guerrero lo he destinado a Zapatoca a hacerme una recluta.

Usted le dará diez hombres armados entre cabos y sargentos y soldados que sirven de cuadro para la instrucción y disciplina y algunas municiones; también los subalternos que él pida. Entre tanto, usted se mantendrá en ese punto hasta que organizada toda la infantería que he mandado reunir, establezca nuestro cuartel general" (13).

Así terminaba el año de 1818, de manera harto favorable a la unión y organización de la Provincia de Casanare. No era, por lo que queda anotado, y aunque hubiese exagerado Páez principal responsable, muy buena y promissora la situación de los llanos granadinos. Mas a ella se va a enfrentar —como queda dicho también— desde diciembre de 1818 el general Santander.

Su decisión, reciedumbre y patriotismo van a obrar en Casanare un milagro que nadie esperaba. Su presencia y actuación allí fue a manera de varita mágica que todo lo trocó en su favor y en el de la posterior libertad bolivariana. Los jefes llaneros —Arredondo, Galea, Pérez— prestaron obediencia al nuevo jefe. Santander pudo escribir años adelante: "Mi presencia calmó la agitación, porque tuve la fortuna de inspirarles confianza, y de persuadirles que en la unidad estribaba nuestra salud. Todos cedieron a mi voz, me prestaron obediencia y trabajaron conmigo activamente en la formación de una hermosa división, a que tanto deben los granadinos por su libertad en la campaña de 1819, y no poco los venezolanos y ecuatorianos por la suya en las campañas subsiguientes de 1821 y 1822 (14).

El propio Arredondo había escrito una bella y patriótica carta a Santander con motivo de su arribo a Casanare, explicándole sinceramente sus actuaciones y ofreciéndole su persona, oficialidad y tropas (15).

Una vez más es necesario insistir en la grave equivocación padecida por Bolívar con la anexión de Casanare a Venezuela a raíz del régimen del terror en la Nueva Granada y de la renuncia anterior de Santander a la jefatura militar en ella, por indebida presión de Páez y otros venezolanos. Porque es lo cierto que nunca los jefes granadinos aceptaron la decisión del Libertador. De ahí la petición de diciembre de 1817 a que antes nos referimos. Por fortuna, un año más tarde, con un jefe del prestigio y la prudencia de Santander, Casanare se pondrá al frente de la reacción patriota y a la vanguardia de la causa de la libertad.

* * *

El año de 1819 se va a iniciar con las favorables noticias que Santander comunicaba a Bolívar: "Tengo el honor de informar a V. E. que la provincia se halla ya en un pie de defensa muy respetable y que trabaja con tesón en la instrucción de las tropas con que ha de dar principio a las operaciones sobre la Nueva Granada. El enemigo redujo todos sus preparativos de invasión a hacer correrías en diversas direcciones hasta el pie de la montaña, con el objeto de batir en detalle los cuerpos que cubrían

la frontera: no logró sus proyectos y ha replegado a sus posiciones. No puedo decir a V. E. cuál sea el motivo por qué los enemigos hayan abandonado el proyecto de invasión a los llanos teniendo fuerzas suficientes, pues no me ha sido posible averiguar el estado del interior del reino, ni aún por algunos soldados que se han pasado.

Es muy necesario, E. S., que V. E. envíe nuevos auxilios de armas y municiones para armar los pueblos que se vayan libertando. Aun para la gente que he reunido en esta provincia despoblada y ocupada la mitad por el enemigo, me faltan fusiles. Sería muy sensible que después de obtener ventajas parciales sobre el enemigo, fuese este a concentrar sus fuerzas y diese un golpe decisivo a las de mi mando por falta de armamento. Esto nada tiene de extraordinario y el resultado sería muy funesto" (16). En carta del 14 de enero, le habla de la organización civil y económica de Casanare. Ante la falsa noticia propalada de que venían contra Casanare 5.500 españoles, alerta al comandante de El Palmar contra estos bulos y amenaza actuar con firmeza contra los propagadores de los mismos.

De esta manera cumplía fielmente Santander el encargo que había recibido del Libertador: "Debe Usía esforzarse por crear cuanta infantería sea posible, disciplinarla, instruirla, de modo que el cuerpo de Usía, que es la vanguardia del ejército, no sea inferior a los demás que no tienen el honor de precederle en las marchas. Que se reclute y discipline incesantemente son las más encarecidas prevenciones que tengo que hacer a Usía".

NOTAS

(1) RODOLFO OSVALDO RIVERA. *Francisco de Paula Santander*, en "Boletín de Historia y Antigüedades, XXI (1934), págs. 288-89. Bogotá.

(2) *Album de Boyacá*. Casa Editorial de Arboleda y Valencia. Bogotá, 1919, V. I, pág. 125.

(3) *Relaciones de Mando*. Imprenta Nacional. Bogotá, 1910, pág. 684.

(4) JOSE MANUEL GROOT. *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*. 2ª edición. Casa Editorial de M. Rivas & Cía. Bogotá, 1891, V. III, pág. XCIII.

(5) SIMON BOLIVAR. *Obras Completas*. Vol. II. Editorial Lex. La Habana, 1947, pág. 1124.

(6) *Archivo Santander*. Vol. I. Aguila Negra, Editorial. Bogotá, 1913, pág. 367.

(7) ROBERTO CORTAZAR. *Cartas y Mensajes de Santander*. Vol. I. Talleres Editoriales de Librería Voluntad. Bogotá, 1953, pág. 91.

(8) *Ibidem*, págs. 93-4.

(9) *Ibidem*, págs. 95-6.

(10) *Ibidem*, pág. 97.

(11) *Ibidem*, pág. 98.

(12) *Ibidem*, págs. 105-6.

(13) *Ibidem*, pág. 112.

(14) Citado por RIVERA, "Boletín de Historia y Antigüedades, XXI, págs. 293-94.

(15) *Archivo Santander*, Vol. I, págs. 369-70.

(16) CORTAZAR, obra citada, Vol. I, págs. 134-35.